

Krauze, Enrique
Porfirio Díaz. Místico de la auto-
ridad.
México. FCE. 1a. ed., 1987. 158 pp.

La construcción del poder se distingue por ser una misión sólo asequible a los iniciados; quienes le comprenden lo hacen no a través de sus evidencias públicas, sino mediante largos viajes interiores imposibles de ser compartidos. Como lo menciona Enrique Krauze, al caracterizar la figura de Porfirio Díaz, el culto y personalidad del poder asumen una cualidad mística, inexcusable.

Pero tal misticismo no se entiende como una práctica arbitraria. Posee tiempos y reglas. De ahí la inevitable inquietud para quien lo ejerce de someter bajo su albedrío, al juicio de la historia; la cual engendra la evidencia impugnadora que echa por tierra la naturaleza diversa del poder, dado que lo vuelve cotidiano, definible. Una relación desigual para el gobernado.

Por ende, la historia del dominio atraviesa por distintas fases de sistematización y perfeccionamiento: en primera instancia, incita a lanzarse hacia la conquista de la supremacía con todos los medios disponibles. En este contexto, Díaz, agotadas las oportunidades que le permitirían llegar a la Presidencia, dado que la práctica mística era distinta e incomprensible para él: legalidad. . . y ser de los 'Inmaculados de Paso del Norte' (expresión de Cosío Villegas), se verá entonces compelido al empleo opositor de otra fuente para conseguirlo. Apela así

al golpe militar tuxtepecano. Destruye la invulnerabilidad jurídica liberal e impone lo que parecía contener una práctica sentencia: el poder y el Estado son para quien los trabaja.

Sin embargo, la evidencia desnuda del elemento básico de la fuerza como medio de adquisición de la autoridad porfirica obliga a dotarla de una justificación que permite presentarla como sinónimo y síntesis providencial y lógica de las necesidades colectivas de la sociedad mexicana frente al Estado. Tal justificación debe prevenir, disuadir bajo el impulso de la autoconservación, el atractivo que la posesión del poder político podía ofrecer a los individuos. Pero Díaz no aplica una cerrazón absoluta: su famosa 'política de conciliación' otorgará concesiones que se encaminan no a fortalecer a sus opositores, sino para fortalecerse a sí mismo; imperar ventajosamente alternando la promesa y la perfidia.

Las razones de Estado se esgrimen consecuentemente como los argumentos que excluyen el cuestionamiento o la resistencia a la autoridad. La legalidad se convierte en un instrumento más, incapaz de señalar costo alguno a la voluntad de poder. Porfirio Díaz demostraría que la detentación del gobierno es la diaria exigencia del obedecer: sea vía los dictados de la coerción negociadora, o el franco doblegamiento producto de la violencia drástica del 'Matálos en caliente'.

Autoridad e individuo —rescatando la expresión de Bertrand Russell—, encuadran como el binomio clásico de la dominación. Quien detenta autoridad se sustrae de cualquier intento de naturaleza colecti-

va. Se convierte en cruce de caminos. La mirada de Díaz, situación constante en su ruta iconográfica parece refutar a Krauze, quien encuentra en ella a una 'identidad en tránsito', que busca el diálogo entre la esencia del pasado indígena y futuro de la modernidad, situado desde el presente simbiótico del mestizo. El quehacer de Díaz si bien se fija en todas partes, éste se enajena y su sustancia da cuerpo a la realidad histórica: se crea el porfiriismo y el porfirato. La aspiración final del poder no descansará sobre lo ejecutado, sino que pretenderá el afán de acrecentarlo.

La pérdida de sí mismo propicia que su ejercicio autocrático sea incapaz, pese a su prolongada estadia, de someter a paz de las conciencias que preconizaran Bulnes y Sierra. Su distancia fatal respecto a la racionalidad política de los principios legítimos de la Constitución y la democracia, fueron tardíamente aceptados por el dictador: su propia razón se tornó cándida ante el cambio. La historia volvía desde su sepulcro y blandía una nueva necesidad que se interpretaría sólo hasta la llegada de otro místico como Plutarco Elías Calles: el relevo de la obra del poder se consigue mediante la permanencia de las prácticas institucionales, así como la conciencia personal sobre la finitud del mandato. Como paradoja, esa misma razón de Estado que le mantuvo en el poder, exigió a Díaz recobrar su mortalidad en aras de la conservación inútil del orden y el progreso por él prohibido, de cara a la Revolución y su proyecto alterno de racionalidad social.

Víctor Alarcón Olgún
Depto. Estudios Políticos/CIDE.